

VIII EDICIÓN DEL DÍA DE LAS ESCRITORAS

El placer,
la alegría
y
la risa de las mujeres

COMISARIA: MARTA SANZ

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
FEDEPE
CLÁSICAS Y MODERNAS

ORGANIZA



COLABORA



Este año queremos hacer del día de las escritoras una jornada de doble celebración. Celebración de una escritura y de una manera de percibir la realidad silenciada durante mucho tiempo, y celebración de esa expresión del gozo, la alegría y la risa que a menudo también es un tabú para mujeres educadas en la abnegación, el comedimiento y el sacrificio.

El 16 de octubre vamos a reír y a hablar del placer.

El placer ante el disfrute de la naturaleza, los viajes, la comida, los conocimientos; el placer del erotismo sin culpabilidad, de la lectura y la escritura; la afilada sonrisa de la sátira y el sentido del humor como tabla de salvación en los tiempos más aciagos... Porque la risa y la alegría son transgresoras en sociedades que aún exigen a las mujeres un cierto recogimiento y modestia. Sometimiento y silencio. El 16 de octubre vamos a hacer armónicamente ruido.

Las voces, en castellano, catalán, gallego y euskera, nos llegarán de una orilla y otra del océano Atlántico y puede que la música también evoque el lado más luminoso de la fiesta...

Marta Sanz, comisaria de la VIII Edición del Día de las Escritoras 2023

Almudena Grandes (1960-2021)

España – Escritora, periodista

Inés y la alegría (2010)

Bueno, resumiendo mucho, le he quitado a mi cuñada la pistola de su marido, he robado un caballo, le he ofrecido cinco duros al chico que trabaja en los establos para que me guiara hasta aquí, y me he venido.

- ¿Has venido a caballo? -el que no se limpiaba las gafas, se levantó, apoyó las manos en la mesa y se me quedó mirando con la boca abierta.
- Sí -su expresión de incredulidad me hizo reír-. La casa de mi hermano está en Pont de Suert, a unos cincuenta kilómetros, y el caballo es estupendo. Lo he dejado ahí detrás, en el establo.
- De todas formas -y dejó de mirarme para volverse hacia su coronel-, si es hermana del jefe de Falange, puede sernos útil como rehén, ¿comprendes?

El coronel se quedó callado, como si necesitara meditar esa propuesta, pero yo me precipité a aceptarla en su lugar.

- Como rehén, como prisionera, os limpio la casa, os lavo la ropa, os hago la comida... Lo que haga falta, con tal de que no me devolváis. Y no creo que mi hermano os dé un céntimo por mí, pero también os he traído dinero ...- hice una pausa para meterme la mano en el escote, y puse los billetes sobre la mesa-. Tres mil seiscientas pesetas, lo que había en casa. Le he hecho un vale a mi cuñada, requisándolo en vuestro nombre, espero que no os importe.
- ¿Qué? -el capitán soltó una carcajada, me miró, miró a sus compañeros-. ¿Es una voluntaria o no es una voluntaria?
- Así que has venido a caballo para unirme a nosotros ...- recapituló el coronel muy despacio, al ritmo de su asombro, mientras señalaba con el mentón a la esquina a la esquina de la mesa donde reposaba mi botín-, con tus sombreros y todo.
- ¡No!- levanté la tapa de la sombrerera y volví a reírme-. No son sombreros, sino rosquillas. Cinco kilos, me salen muy ricas. Es que cuando me pongo nerviosa, me da por cocinar. Y esta mañana, como llevaba mucho tiempo pensando en escaparme, pues... Me he liado a hacer rosquillas.

(...)

- Monta atrás -le había dicho después de ensillar a Lauro, pero él no se movió-. ¡Vamos!
- Es que yo... Yo debería ir delante, ¿no?
- Si supieras montar sí, pero como no sabes... -señalé el estribo con un dedo y tendí el brazo derecho hacia él-. Pon el pie aquí, y dame la mano... Eso es. Ahora, agárrate bien -se pegó a mí y metió la mano izquierda dentro de mi escote para rodear después mi cintura pasando el brazo derecho por debajo del vestido-. ¿Qué, estás cómodo?
- Sí, pero como me vean mis hombres sentado aquí, en el sitio de las mujeres, se van a reír de mí.
- ¿Sí?- contesté, tapándome bien con una manta para que nadie descubriera dónde tenía las manos-. No creo.

Nadie se rió de él, aunque casi todos los soldados con quienes nos cruzamos sonrieron al vernos pasar. Eran sonrisas limpias, cargadas de una envidia limpia y cómplice, que emanaba con naturalidad de nuestra imagen, porque éramos envidiables mientras avanzábamos despacio hasta el puesto de control, más deprisa después, o así al menos me sentía yo, envidiable, única, escogida entre todas mientras sus manos me sujetaban, su barbilla apoyada en mi hombro, su nariz rozándome la oreja, madera y tabaco, clavo y jabón para asegurarme que seguía estando ahí, que no se había esfumado como los fantasmas de mis viejos sueños infelices. En Bosots, a medida que la situación se fue tensando para producir días intensos, frenéticos, capaces de albergar en unas pocas horas acontecimientos tan graves y contradictorios como los que no llegan a sucederse en algunas vidas completas, no tuve muchos ratos libres para darme cuenta de lo feliz que era, pero en aquel momento, mientras cabalgaba con Galán por un valle iluminado por una luna como un gajo de naranja, fui consciente de mi suerte.